

frentar el cosmos mexicano—; observa las ideas de Pedreira y Márquez —sobre la peculiaridad de Puerto Rico—; se detiene en Cuadra (Bolivia), Francovich (Nicaragua), Cardoza (Guatemala), Subercaseaux y Durand (Chile), Michelsen (Colombia), Mariátegui (Perú), Bello (Venezuela), y considera la visión global de Arciniegas, Picón Salas, Zum Felde, Murena, Lezama y Zea. El epílogo es rotundo y se adhiere a Mariátegui: «Hispanoamérica, Latinoamérica o como se prefiera no encontrará su unidad en el orden burgués. Ese orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la unidad de estos pueblos somos, en verdad, los revolucionarios. A Norteamérica toca coronar y cerrar la civilización capitalista. Pero el porvenir de América Latina es socialista» (pág. 210).

El texto viene culminado por un excelente resumen histórico converduo en tabla cronológica de gran valor didáctico. El autor destaca entre otros el trabajo de Martin Stabb *In Quest of Identity* (1967) como uno de los textos en la línea que se propuso al escribir este libro, que viene a llenar una laguna en la información del lector español.

JOAQUÍN ROY

GREGORICH, LUIS: *Cómo leer un libro*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1972, 133 págs.

Bajo este título instrumental, Gregorich ha escrito un libro singular por su brevedad y por la densidad de ideas y problemas tratados. Hay una nota general que caracteriza la obra y que la misma tiende a destacar como esencial en su aproximación a lo impreso: una visión desmitificadora del libro, una concepción que por sobre todas las cosas trata de inculcar en el público general al cual va dirigida, la idea de que la letra está escrita por hombres y que el hecho de que un texto esté impreso no lo desliga de todas las influencias e ideologías que componen la realidad.

Ordenada en tres partes, la obra intenta en su primer apartado una verdadera revisión del concepto *libro* y del sentido de la lectura de un texto contemporáneo. Así esboza en pocas páginas una sociología del libro y la literatura, postula una nueva concepción del hecho y de la función de leer (una «ideología de la lectura») y esquematiza en pocos y seguros rasgos los aspectos fácticos de esa realidad que llamamos libro.

La segunda parte esboza una introducción a la literatura contemporánea. Probablemente aquí reside lo más valioso y polémico de toda esta obra; como adelanta el autor en el prólogo, el volumen es el diálogo de «un lector fervoroso que aconseja a otros lectores poniendo en evidencia sus predilecciones personales, aunque la encubra con el barniz del panorama histórico o con la protesta de la valoración objetiva». Numerosas incitaciones concretas se dirigen al lector: qué es leer literatura, cómo es la narrativa de hoy y qué persigue, qué es y de dónde viene la poesía del último siglo, en qué consiste su lectura. En muy pocas ocasiones, y no se vea aquí ninguna exageración, hemos encontrado tantas ideas y sugerencias como en estas breves páginas que «dicen» mucho más de lo que mentan.

Por fin, la última parte se atreve a desmenuzar con una agudeza analítica desacostumbrada (y muy politizada) las variadas formas de «información» pura:

el periodismo liberal, la revista de noticias semanales, el diario de sectores particulares y hasta la televisión y su complejo entorno. Lo que valoriza muchísimo estas pocas, pero sólidas páginas, es que Gregorich ha tomado al azar «noticias» y comentarios de órganos periodísticos argentinos de hoy (*La Prensa, La Opinión, La Razón*), los analiza ideológicamente mostrando todo el entramado de posturas políticas que los sostienen, desmontando la estructura lingüística que apunta siempre a muy claros objetivos concretos. El sólo tema de leer críticamente nuestro periodismo, que hasta hoy no había sido intentado jamás con este rigor, hace recomendable la lectura de esta obra.

Remata este libro, singular por muchas razones, una guía de lecturas que Gregorich propone a los lectores hispanoamericanos para informarse y acceder a la literatura de los últimos cien años, desde los simbolistas hasta nuestros días.

Dos objeciones haríamos a esta obra tan rica y ambiciosa: su extremada brevedad frente a la amplitud, la profundidad y la importancia de los numerosos asuntos tocados en su texto, que merecerían un análisis más detenido y fundamentado, y la de su concepción cerradamente historicista de la literatura actual, a la que atribuye intenciones demasiado limitadas: «Si en el pasado la literatura pudo ser un entretenimiento aristocrático con arreglo a códigos sociales precisos, nunca como en el período moderno ha desplegado su índole social y subversiva. Incluso las obras más difíciles implican una ansiedad por la comunicación y, en sentido general, por el lector. Aun los poetas «puros», con su consagración religiosa a la obra perfecta en medio de un ámbito social que los rechaza, revelan en sus diatribas una nostalgia del «otro» que hubiera sido inconcebible en otras épocas basadas en una rígida división del trabajo. Por otra parte, corresponde hablar de subversión en la medida en que la literatura actual se ha apropiado de toda la maraña de problemas del hombre y de la sociedad, sin aceptar una limitación canónica a esferas de «belleza» y «armonía». No sólo eso: además se ha hecho cargo desde adentro, a través de sus propias estructuras de expresión, de ese mundo «crítico y explosivo que duplica en sus obras...» (pág. 42). En otra parte, después de reproducir dos textos, uno de Fanon (*Los condenados de la tierra*) y una breve carta del militante negro revolucionario George Jackson escrita desde la cárcel, dice Gregorich: «Tanto Fanon como Jackson certifican una constante de la nueva literatura (a la que pertenece a pesar de sus propias intenciones), 'llegar' a la realidad en vez de partir de ella, investigación en vez de expresión. Los moralistas modernos no se apoyan ya en consejos éticos ni en fábulas ejemplares, sino en el análisis y la exposición de los hechos que motivan su indignación» (página 88).

El autor, al elegir y recomendar para su lectura una serie de obras hispanoamericanas, desde Larra a *La Colmena* y desde Echeverría a Vargas Llosa, pasando por Baroja y Valle-Inclán, repite su interpretación de la literatura valiosa de este siglo como una explosiva pintura de la realidad destinada a transformarla.

RODOLFO A. BORELLO